

## CAPÍTULO XXXVIII.

EN el intervalo que separaba la creacion de este ministerio de la apertura de las cámaras, se operó una recomposicion ministerial á consecuencia de algunas disensiones respecto á la presidencia del consejo: M. de la Bourdonnaie hizo su dimision, y fué reemplazado en el ministerio del interior por M. de Montbel, mientras que M. Guernon de Ranville entraba al de instruccion pública.

La cámara se abrió el 2 de Marzo de 1830.

El rey se presentó en la asamblea decidido á dar un golpe de Estado.

En el momento en que ponía el pié sobre el primer escalon del trono, su pié se enredó en el tapete de terciopelo que lo cubria, dió un paso falso y le faltó poco para caer.

Su gorra cayó.

El duque de Orleans se precipitó á levantarla y la volvió al rey.

Yo asistia á esta escena. Me volví hácia mi vecino, M. de B....

—Antes de un año, querido mio, le dije, sucederá otro tanto con la corona; solamente que en lugar de volversela á Carlos X, el duque de Orleans la guardará para sí.

Todos recuerdan el famoso mensaje de los *Doscientos veintiuno*, en el cual se leia este párrafo:

“La carta cree que la union de las miras políticas de vuestro gobierno, con los votos de vuestro pueblo, es una condicion indispensable para la marcha regular de los negocios públicos.

“Sire, nuestra lealtad y nuestro rendimiento, nos obligan á deciros que esta union no existe.

Era una declaracion de guerra en toda regla.

—No sufriré que se ensucie mi corona en el cieno, exclamó Carlos X al leer el mensaje.

La cámara fué disuelta.

Iba pues á aplicarse ese famoso artículo 14 que Luis XVIII habia colocado en la Carta como un puñal de misericordia, pero del que no habia querido servirse.

En ese artículo 14, era donde reposaba toda la esperanza del rey y de M. de Polignac.

Así es, que cuando se llamó á M. de Peyronnet al ministerio:

—Pensad, le dijo M. de Polignac, que queremos aplicar el artículo 14.

—Es tambien mi opinion, dijo M. de Peyronnet.

Todo iba bien, puesto que se estaba de acuerdo.

En efecto, en apariencia todo estaba muy bueno: el rey acababa de hacer un viaje á Alsace, y aparte de la circunstancia de haberse detenido el rey en Varennes para mudar caballos, justamente en el mismo lugar donde habia sido tan fatalmente interrumpido el viaje de Luis XVI, todo lo demas habia pasado perfectamente.

Tambien es verdad que en Nancy, en el momento en que la familia real habia aparecido en el balcon de la prefectura para saludar al pueblo, se dejaron oír muchos silvidos; pero como hace un autor el dia de la primera representacion de su obra, el rey no habia creído que se los dirijian á

él. La Delfina, menos ciega, habia cerrado con violencia su ventana, y habia entrado desconsolada á sus departamentos.

Pero el interior no inquietaba al rey, que creia marchar con el voto de la mayoría de la Francia, y no estar en contradiccion sino con algunos facciosos sin poder: en cuanto al exterior todo caminaba maravillosamente.

Se preparaba un gran cambio, que iba á volver á Carlos X toda la popularidad perdida por Luis XVIII, con motivo del tratado del 2 de Setiembre.

Ibamos á volver á tomar nuestras fronteras del Rhin.

Cárlos X, en medio de todas sus faltas, habia tenido la inteligencia de comprender que nuestro verdadero enemigo, era la Inglaterra; y que nuestro natural aliado, era la Rusia.

Así es, que los gabinetes de las Tullerías y de San Petersburgo, acababan de firmar un tratado de alianza especialmente dirigido contra la Inglaterra.

Permitiamos á la Rusia establecerse en Constantinopla, y la Rusia nos volvia las provincias del Rhône.

Quedaba que indemnizar á la Prusia y á la Holanda.

Nada mas fácil.

Del Hanovre quitado á la Inglaterra, se hacian dos partes, con una se resarcia á la Prusia, y con la otra á la Holanda.

Por otro lado, se quitaba con provecho de las provincias prusianas de la Silésia, un buen bocado á la Sajonia, que se indemnizaba á espensas de la Polonia,

En cuanto al Austria, se callaba gracias á una parte de la Dalmacia que no poseia, de la que se formaria una torta, y se le arrojaria como á un perro para impedirle morder y hasta ahullar.

Por otro lado, Cárlos X preparaba la expedicion de Alger.

El mismo hombre, aboliendo el poder berberisco, espanto eterno del Mediterráneo, y volviendo á la Francia sus provincias del Rhône, es decir, cumpliendo un hecho gran-

de en el que habia encallado Cárlos V, y reconquistando por la negociacion lo que Napoleon habia perdido con las armas, era á la vez un gran guerrero y un grande hombre político.

¡Y bien! esta gloria estaba asegurada á Cárlos X, y el año de 1830 iban á cumplirse estas dos grandes empresas.

La Inglaterra queria oponerse un poco; ¿pero quereis saber como respondiamos á la Inglaterra en tiempo de los Borbones de la rama mayor?

Lord Stuart pedia una esplicacion con ese aire arrogante que solo pertenece á los diplomáticos ingleses.

—Si deseais una respuesta diplomática, le respondió M. de Haussez, el señor presidente del consejo os la dará; si deseais mi respuesta como ministro de la marina, será corta y precisa: os diré que nos c. . . en vosotros.

Lord Stuart lo refirió á su gobierno, que tuvo por buena la razon, puesto que nos dejó hacerlo.

En medio de todas estas prevenciones, un acontecimiento demasiado grave hizo que se volvieran todas las miradas al duque de Orleans.

El rey y la reina de Nápoles habian dejado su reino, y habian venido á hacer una visita á su hermana y á su cuñado la duquesa y el duque de Orleans.

El rey de Nápoles era ese innoble Francisco, que, elegido por los liberales en 1820 para representarlos, los habia traicionado; que puesto como tutor de la revolucion, habia ahogado la revolucion. Aunque los regios viajeros hubiesen sido acogidos perfectamente en la corte del rey Cárlos X, el prefecto del Sena y la ciudad de Paris, no habian osado darles una fiesta; tan grande así era el sentimiento de repulsion que inspiraban.

Sostenido por su popularidad siempre en aumento, y por la escusa de su parentesco, el duque de Orleans se atrevió á lo que no se habia atrevido el prefecto del Sena.

Dejaremos á un lado las cuestiones de etiqueta que lle-

nan de dificultades el corto camino que separa á las Tullerías del Palacio Real. El rey derogaba todas las reglas de la etiqueta aceptando un baile en la casa de un príncipe de la sangre. Había habido un precedente á esta derogacion: cien años antes, Luis XV, había pasado tres días en la casa del príncipe de Condé, *pero era en el campo*. Es verdad, que yendo á la casa del duque de Orleans, se iba también á casa de la duquesa, y que la duquesa era hija del rey, y era verdadera Borbon, como dijo la duquesa de Angulema; en fin, el duque de Orleans insistió tan respetuosamente, el rey de Nápoles suplicó con tantas instancias, que Carlos X prometió ir al baile en casa de su primo, con la condicion de que una compañía de sus guardias ocuparía una hora antes de su llegada el Palacio Real.

Todas estas cuestiones eran muy insignificantes comparadas con la cuestion que se debatía en aquel momento entre el pueblo y la magestad.

El 31 de Mayo á las nueve de la noche, el duque de Orleans y su familia, recibían al rey en la puerta del gran vestíbulo.

Llegados á los departamentos, el rey que daba el brazo á madama la duquesa de Orleans, el Delfín á madama Adelaide, el duque de Orleans á la Delfina, y el duque de Chartres á la duquesa de Berry, vieron venir hácia ellos al rey y á la reina de Nápoles.

Inmediatamente comenzó la fiesta.

M. de Salvandy ha contado, respecto de esta fiesta, toda su conversacion con Luis Felipe, acontecida con motivo de la palabra que valió al autor de *Alonso* su fortuna política.

—Monseñor, es una verdadera fiesta napolitana, bailamos sobre un volcan.

En efecto, el volcan, que rugía hacia largo tiempo, no tardó en arrojar sus primeras lavas.

Lavas que brotaron del Palacio Real, cráter que se creía estinguído y que no estaba sino mal apagado.

El jardín del Palacio Real había permanecido abierto mas tarde de la hora acostumbrada; el duque de Orleans había querido que el pueblo también tuviese parte en la fiesta; pero el pueblo empezaba ya cansarse de no ver sino desde abajo el interior de los palacios y las fiestas de los grandes. De repente se oyó un gran rumor en el jardín; una llama ardiente hizo palidecer la de las diez mil bugias que alumbraban el baile: manos desconocidas habían colocado lamparillas llenas de aceite debajo de un monton de sillas; las sillas se quemaron, y el volcan arrojó sus llamas.

Hubo un instante de confusion y de temor en los salones del Palacio Real; en algunos momentos el rey Carlos X creyó que había caído en una asechanza, y estuvo muy cerca de decir lo que dicen los reyes del teatro frances: ¡Hola! ¡guardias, á mí! Pero al cabo de un momento, todo se esplicó, y se obligó á la multitud á salir del jardín. La fiesta continuó sin interrupcion y sin sobresalto hasta otro día, la monarquía se estuvo quieta en esa noche por una *pillada*.

Este fué el término con el cual se denunció al público este incidente.

Al poco tiempo se oyeron cien tiros de cañon que anunciaban una gran noticia á Paris, á la Francia y á la Europa: la toma de Argel.

Tan pronto como se recibió esta gran noticia, el baron de Haussez se fué á ver al rey.

Carlos X, al oír anunciar á su ministro de marina, se adelantó hácia él con los brazos abiertos. M. de Haussez quiso besarle las manos, pero Carlos X lo abrazó.

—No señor, no, le dijo con esa gracia que le era particular, ahora todo el mundo se abraza.

El rey y su ministro se abrazaron.

Este nuevo favor de la fortuna aumentaba todavía si era posible, la confianza del rey y de M. de Polignac, porque como se verá muy pronto con respecto á la firma de las ordenanzas, no todos los ministros participaban de esta seguridad.



Y sin embargo, las miradas perspicaces se inquietaban, aun aquellas que veían al través de los vapores de la efervescencia popular.

M. de Villèle que veía, puede ser que mejor, porque veía de lejos, vino á Paris y manifestó al rey inútilmente sus temores.

M. Bengnot, semejante á un loco, exclamó:

—¡Cuidado! la monarquía va á zozobrar como zozobra un navío armado.

M. de Metternich dijo á M. de Reyneval, embajador nuestro en Viena:

—Estaria menos inquieto si lo estuviera mas el príncipe de Polignac.

En efecto, cómo temer, cuando M. Clapin, uno de los gefes de la oposicion, decia, durante la discusion del mensaje:

“La base fundamental del mensaje, es un profundo respeto hácia la persona del rey; espresa en el mas alto grado la veneracion por esa antigua raza de los Borbones; y representa la legitimidad, no solamente como una verdad legal, sino como una necesidad social que es ahora en todos los espíritus rectos el resultado de la esperiencia y de la conviccion.”

¿Cómo temer, cuando la sociedad de *Ayudate y el cielo te ayudará*, reunida en un banquete en las Vendimias de Bourgogne, decide que el rey es el primer poder del Estado y bebe á la salud de Carlos X?

¿Cómo temer, cuando M. Odilon Barrot, en un banquete dado por seiscientos electores y decorado con doscientas veintiuna coronas simbólicas, confunde en un mismo brindis al rey y á la ley?

¡Oh! ¡hombres de Estado! ¡minadores de las monarquías! ¿cuándo se os apreciará en vuestro justo valor? ¿cuándo, pues, se os llamará con vuestros verdaderos nombres?

El 24 de Julio los ministros se reunieron en consejo.

—Todos, dice M. de Polignac, estuvieron unánimes sobre la necesidad de las ordenanzas, y sobre el derecho de volverlas. M. de Ranville solo deseaba que la ejecucion se aplazase algunas semanas, esto no era sino una cuestion de tiempo.

En el consejo del 24, fué donde se acordó la firma de las ordenanzas.

Sin embargo, al momento de la partida, M. de Bourmont habia recomendado á M. de Polignac esperase su vuelta.

M. de Haussez recordó al príncipe esta sábia recomendacion.

—¡Bah! respondió el príncipe, no tenemos necesidad de él, ¿no soy yo el ministro de la guerra interino?

—¿Con cuántos hombres contais en caso de resistencia? ¿teneis al menos veintiocho ó treinta mil?

—Mas que esto, respondió el príncipe, tengo cuarenta y dos mil: y arrojó de uno al otro lado de la mesa un papel rotulado al ministro de la marina.

M. de Haussez examinó el papel, lo volteó y revolteó, y despues mirando al príncipe con admiracion:

—Pero, dijo, yo no veo sino trece mil en este papel; trece mil hombres en papel, son apenas siete ú ocho mil en efectivo, y los otros veintinueve mil, ¿dónde están?

—Al rededor de Paris.

Era necesario que el ministro de la marina se contentase con esta seguridad.

El 25 de Julio fué cuando tuvo lugar la firma.

Un especulador pagó en cincuenta mil francos el trabajo preparatorio de las ordenanzas y jugó á la baja.

En la noche del 25 al 26, M. de Rostchild que jugaba á la alta, recibió estas sencillas palabras de M. de Tayllerand.

“Ahora he estado en Saint-Cloud; jugad á la baja.”

Esta sentencia de muerte de la monarquía, no fué dada sin una especie de solemnidad.

Los ministros estaban colocados al rededor de la mesa que debia ser tres meses mas tarde, la plancha de su cadalso.

El rey tenia al delfin á su derecha y al príncipe de Polignac á su izquierda.

El delfin al principio se habia opuesto á las ordenanzas, pero su conviccion se habia, á las primeras palabras del rey, inclinado ante la voluntad de su padre.

El rey interrogó á cada uno de los ministros, uno despues de otro.

Cuando le llegó el turno de responder á M. de Haussez, el ministro de la marina se inclinó.

—Sire, dijo, mi opinion es ahora la misma de ayer. Creo que seria prudente esperar.

—¿Rehusais firmar? dijo Cárlos X.

—Sire, séame permitido dirigir una pregunta al rey.

—Hacedlo, señor.

—¿Y V. M. persistiria en caso de que los ministros se retiraran?

—Si señor, dijo Cárlos X.

M. de Haussez tomó la pluma y firmó.

Despues como miraba al rededor de sí con preocupacion:

—¿Qué buskais? preguntó Cárlos X.

—Sire, respondió M. de Haussez, buscaba si no habria aquí por casualidad algun retrato de Straffort; y salió.

El 26 por la mañana aparecieron las ordenanzas.

Yo habia sacado mi pasaporte para Alger, y debia partir en la misma tarde. Fuí despertado por Aquiles Comte. Entró en mi cuarto con un diario en la mano.

—Leed, me dijo.

—Y leí.

—¡Ah! ¡diablo! dije, ya no me voy, querido amigo.

—¿Y por qué?

—Porque lo que va á pasar en Paris será mas curioso, que lo que pueda pasar en Alger.

### CAPÍTULO XXXIX.

**E**L dia 26 estuvo muy calmado como se recordará.—Creí al principio haberme engañado y haber permanecido ocioso en Paris.

Los periodistas, á quienes la medida atacaba mas particularmente, corrieron á la casa de M. Dupin, mayor; querian saber hasta que punto podian luchar legalmente contra las ordenanzas.

Pedir en semejantes momentos un consejo á M. Dupin, era perder el tiempo. Tambien el ilustre defensor del mariscal Ney, en lugar de dar el consejo pedido, se abstenia de responder: señores, la cámara está disuelta; señores, no soy ya diputado,

Esto fuè lo que con poca diferencia pudieron sacar de las consultas.

M. de Talleyrand habia dado un buen consejo á M. de Rostchild, invitándolo á jugar á la baja. El tres por ciento bajaba de 78 á 72.

En ese dia habia una gran funcion en el Instituto; M. Arago pronunciaba un discurso en elogio de Fresnel. En el momento en que iba á entrar á la sala, un hombre pálido, jadeando, espantado, le detuvo en los corredores.

Era el duque de Ragusa.

—¡Ah! querido mio, exclamó, ¿sabeis lo que pasa?